

no resulta, en su fondo, una novedad como criterio hermenéutico de cualquier decisión magisterial a lo largo de la historia. Con todo, nos parece que en esta correlación «dinámica»/«decisiones» la interacción es recíproca: la dinámica no sólo ilumina el contenido final del magisterio, sino que la «decisión» final, «discierne» la dinámica previa. En este sentido, la documentación oficial de las Actas del Concilio, resulta siempre decisiva frente a los elementos exógenos de interacción.

José R. Villar

**Bernhard LANG**, *Sacred Games: A History of Christian Worship*, Yale University Press, New Haven & London, 1997, 46 ilustraciones en blanco y negro, 527 pp., 17,4 x 24, ISBN: 0-300-06932-4.

El atractivo título, *Juegos sagrados*, viene de la clásica obra de Romano Guardini, *El espíritu de la liturgia*, en donde se presentaba el culto cristiano como un juego o como una obra de arte de los creyentes delante de su Dios: «No crear, sino existir», escribía el gran teólogo alemán, «tal es la esencia de la liturgia. De aquí se deriva su mezcla sublime de profunda seriedad y de alegría divina». Lang ve el culto cristiano en seis modelos de «juegos sagrados»: la alabanza, la oración, el sermón, el sacrificio, el sacramento y el éxtasis espiritual; y a la historia de cada uno dedica un capítulo.

Lang sigue con especial interés los orígenes (sobre todo en el culto de los judíos) de estas formas cristianas de comunicación con Dios así como su extraordinaria constancia en una larga historia. Aunque la obra tiene un carácter introductorio, en algunas ocasiones

Lang prefiere hacer conjeturas sobre el pasado cultural. Para él, el «Padre nuestro» no sólo tendría paralelos en la oración hebrea sino que sugiere su origen en Juan Bautista. En las palabras más sagradas del culto cristiano («Esto es mi cuerpo/Esta es mi sangre»), le gustaría oír un eco de fórmulas usadas tal vez por los sacerdotes al ofrecer sacrificios en el Templo de Jerusalén. Defendiendo una nueva comprensión de las artes mágicas, propone, al hablar de la sacramentalidad cristiana, lo que él llama orígenes «mágico» y «taumatúrgico». En el último capítulo, sobre el éxtasis espiritual, Lang ofrece una historia tan fascinante como las de los otros, que va desde San Pablo hasta los movimientos pentecostales del siglo XX, mostrando la necesidad de un equilibrio entre el culto intelectual y emocional. El aspecto jovial, alegre y festivo recuerda una dimensión fundamental de la liturgia cristiana.

En definitiva, para Lang, la historia del culto cristiano muestra cómo los creyentes cristianos han estado siempre desarrollando tanto las mejores maneras de complacer y venerar a un Dios majestuoso, solemne, paternal, legislador, como las formas de comunicarse, disfrutar, beneficiarse, y alegrarse hasta el gozo extático, en un Dios cercano, encarnado, maternal, con un corazón humano lleno de mansedumbre y ternura. Lang escribe con el beneficio de numerosas obras de religión comparada, historia, psicología, historia del arte, pero el libro no es una historia formal del culto sino una serie de ensayos (con más o menos acierto teológico) sobre cada uno de estos medios a través de los cuales los cristianos se han comunicado con su Dios, y que son perfectamente vivos y válidos después de dos mil años.

Alvaro de Silva